

# ZONA MOEBIUS

REVISTA DE LITERATURA, ARTE Y PENSAMIENTO

WWW.ZONAMOEBIUS.COM

directora / editora: Patricia L. Boero



United Nations Educational,  
Scientific and Cultural Organization

sitio incluido en el Directorio  
Mundial de Poesía de la Unesco



MÚSICA DE FONDO  
Jorge Alania Vera

---

Los textos e imágenes contenidos en esta recopilación son propiedad de sus autores.  
No se permite la reproducción sin permiso expreso.  
Para consultas ponerse en contacto con [editores@zonamoebius.com](mailto:editores@zonamoebius.com)

2003 - 2006 [zonamoebius.com](http://zonamoebius.com)

## DE LA CARTA QUE NO LLEGÓ

Una carta despachada en Eisenach, Turingia, a la ciudad de Ostheim von der Rhoen, en Baviera Sur el 26 de setiembre de 1718 acaba de llegar a su destino. Casi trescientos años perdida (¿guardada?) en los meandros de una ruta que se volvió inasible. Si el destino es una trama de causas y de efectos que se deben inexorablemente cumplir, qué no se cumplió aquí para hacer realidad ese destino. La carta que no llegó no debía llegar y así tantas cosas, de tal manera que es sabio decir que todo poema con el tiempo es una elegía: la vigilia que no concluye con el hallazgo porque al final de todo entendemos que vivir es esperar y que las cartas que no llegan constituyen la esencia de la vida.

En el epígrafe de una película de Eric Bress y J. Markye Gruber leí que el aleteo de una mariposa puede provocar un tifón en el otro lado del mundo. El parque de los recuerdos se puede visitar pero no modificar. Lo que ha sido hecho, hecho está. La trama es de hierro y es infinita y como ha dicho alguien que la estudió con acuciosidad y sabiduría, nadie merece el milagro de que se rompa por él o para él. El efecto mariposa no existe en la condición humana. Vamos para adelante y en ningún caso, ni siquiera cuando recordamos, viajamos hacia atrás. Al mito del eterno retorno, oponemos la realidad del eterno presente. Recordar no es, por cierto, volver a vivir, sino volver a soñar ya que sólo eso podemos intentar una vez que pasa la maravillosa pero irrepetible incandescencia del instante. Uno puede escribir una carta y señalar un destinatario pero nada más. El azar (una parte de esa trama infinita) se encarga del resto.

Las cartas llegan siempre a destino cuando alguien se hace su destinatario, dice Jacques- Alain Miller y dice lo mismo. Sólo hay una manera de penetrar (¿romper?) esa trama: colocarse en el extremo de uno, de cualquiera de sus hilos y tirar de él con fuerza, con pasión, con reiterada esperanza. No importa quien escribió el mensaje ni tampoco importa la voz. Lo que cuenta es la palabra que guarda (o que cifra) y el hecho de que yo la recibo convirtiéndome en su destinatario. El efecto mariposa puede existir en la condición humana si yo, ignorando quién pasó o qué pasó, acepto el pasado (y por lo mismo el futuro) y tiro del hilván, acaso invisible, acaso inexistente, y provocho el milagro: un suspiro de amor que hace estallar una vasta tempestad en el otro lado del mundo.



## CORPUS MEUS

En uno de los confines de la espectral llanura una luz arde. Paracelso (que hace resurgir la rosa de las cenizas) intuye que su sabiduría es inútil en este trance. El cuerpo que se consume es de alguien que podía soñar (y por lo tanto morir). Muere el sujeto biológico cuando el sujeto psíquico deja de desear (soñar es, en verdad, querer que algo ocurra, que haya ocurrido alguna vez). Vuelve el polvo al polvo en el crematorio, en la cámara de gas, en la fosa común, en la hoguera que está en el filo mismo del crepúsculo. Se que se trata de un sueño y que tal vez podría convertirse en un mito. Se que es un juego pero con el tiempo será (o fue) una hierofanía. No se cómo contarlos pero lo estoy contando, me dicen, porque sólo la palabra puede penetrar en el misterio. Cuando Freud- escribe Paul Ricoeur- habla del sueño como el paradigma de todas las expresiones enmascaradas del deseo humano, no se refiere al sueño soñado sino al texto del relato de ese sueño. El mundo es imaginario pero el texto es real. Y el cuerpo, mi cuerpo está grabado sobre él a sangre y fuego.

Desde que fuimos expulsados del Paraíso, hay algo en nosotros que ha dejado de ser. En el umbral del cielo en ese entonces conocido, Alguien nos llamó una última vez por nuestro verdadero nombre. En la otra orilla del Éufrates estaba el olvido y hacia él caminamos desde entonces. La rosa que teníamos desde siempre en la mano se ha convertido en ceniza, como tantas cosas que arden ahora en esa hoguera que está en el filo mismo del crepúsculo. Somos un cuerpo que se corrompe pero al mismo tiempo un alma (una palabra) incorruptible. Es, me atrevo a decir, verdad que no hay muerte, sólo olvido, porque morir equivale a haber olvidado aquella palabra que en el día del fuego en los confines de la llanura espectral, recordaremos. Quiero morir del todo con este compañero mi cuerpo, dijo Borges, que añoró, sin embargo, ser para siempre pero no haber sido. El cuerpo, el alma: ¿Cuál será la frontera que los divide?...

Corpus meus, al parecer habitado sólo por la estrechez y por la muerte, pero en el fondo vasto e imperecedero. Condenado a desaparecer y libre para seguir apareciendo en la memoria del otro para el que vivimos y aparecemos cada día. Razón de amor y de dolor, rastro y estela, luz (que cae) y oscuridad (que asciende) sobre el mundo en llamas y en silencio.



## DEL UNO Y DEL OTRO

Un hombre está loco y siente la tentación de lo imposible. Otro hombre está cuerdo y acepta con mansedumbre su destino. A su modo cada uno es un héroe y representa un cariz de la misteriosa condición humana. Uno sueña, el otro vive, pero ambos se encuentran en esa estrecha zona en la que estas realidades se cruzan o se niegan. El azar los acecha, pero cada cual interpreta ese cerco a su manera. Para uno es un muro que sólo pueden franquear los sueños y las vastas palabras. Para el otro es la frontera segura pero inviolable. Ambos están aquí por un designio de la fatalidad o porque no hay lugar para ellos en ninguna parte, pero actúan como si fueran necesarios, providenciales, acaso divinos. Los dos se necesitan sin decirselo. De forma sutil cada uno va asimilando paulatinamente los motivos del otro, de tal suerte que al cabo de los días y las andanzas no sólo se deben más de lo que imaginan sino que han logrado intercambiar por momentos el cristal con el que miran las cosas, los seres, el crepúsculo. Uno ve lo que sueña y el otro lo que vive, aunque ambas miradas pueden alcanzar una profundidad infinita y ser parte de la historia, esa otra mirada que dura. No tienen prisa pero una urgencia inexplicable los empuja a resolver los siglos en años, los años en días, los días en deflagraciones de un instante. Cabalgan con denuedo por una meseta que es castellana pero cuyos límites están fuera del cielo y de la tierra. No condescienden al miedo pero en la temeridad del uno y la indolencia del otro, hay, sin duda, un temor ancestral que los hace víctimas y cómplices. Ignoran que su reino (en el que nunca se pone el Sol) se eclipsará con los siglos y que ellos, caminantes ahora anónimos de una llanura, serán, dentro de algún tiempo, ciudadanos preclaros del Universo. Y que su gesta (que es también una vida) será contada en un libro que identificará por siempre una lengua, un carácter, una manera de ver y entender el mundo. Sólo están seguros de que, al margen de lo que son o de lo que sueñan ser, serán el uno para el otro ahora y siempre y de que su rastro desaparecerá, junto con su sepulcro, poco después de que se ponga el sol, en su último día. Pero al cabo de los años y las generaciones no habrá un hispanohablante que no los haya recogido para rastrear los suyos y descubrir su propia tentación de lo imposible, su fértil aquiescencia del destino.



## PRESENCIA Y AUSENCIA

Cada vez percibo con mayor claridad que el que escribe esta página se revela (y se descubre) sólo en el límpido espejo de las palabras. Hay otro, un fantasma, que también responde por el mismo nombre y que casi siempre está triste, que hace todo lo demás para permanecer en la vida. El uno es lo que es y no quiere ser otra cosa. El otro se ha acostumbrado a simular y trata, con fatiga, de hacerse un espacio entre los acantilados y las torres. A uno le importan las actitudes, al otro los gestos. Uno tiene su rutina aparentemente gris pero siempre repleta de novedades. El otro cambia por el prurito de cambiar y porque si no lo hace se terminará convenciendo de que es un desterrado y tal vez cruce el umbral que no debe cruzar ni siquiera en sueños. Uno ha descifrado la magia de ser mesiánico. El otro sabe que todo mesianismo conduce a la ruina. Uno ha descubierto que es un olmo que sí puede dar peras. El otro lo sabe también pero no le es dado arriesgarse. Uno ha leído una frase que lo ha impresionado mucho y que tiene para sí como verdadera: sólo los santos y los poetas entienden el sentido del mundo. El otro (que también la ha leído) se pregunta: de qué les sirve entenderlo si se pierden en él...

Cada vez comprendo con mayor claridad que el amor es el gran argumento de la vida. Sólo en él hay una plenitud que abarca todo lo que somos y tenemos; rescata lo que no llegamos a ser y nos devuelve lo que perdimos. Únicamente bajo su mágico cristal vemos las cosas como realmente son, aunque ello suceda de vez en cuando y por apenas unos instantes en la inexorable marcha de los días. Sólo el amor puede dar un sentido final al dolor y a la esperanza, un arresto de dignidad al evidente naufragio de la vida. Pablo de Tarso dijo que podíamos tenerlo todo pero que si no teníamos amor no éramos nada. Cada cual (y su fantasma) lo saben muy bien. El que escribe esta página y el que la olvida antes de que cante el gallo. El que trata torpemente de descifrar el lenguaje de los sueños y el que se resigna, quizás con sabiduría, a su misterio.

Todo hombre (yo, entre ellos. Yo y mi sombra) sabe lo que son una presencia y una ausencia, no porque sepa lo que es el amor, sino porque ama. El amor es el único puente entre lo que es y lo que está y lo que no es y ya no está más. Ama y haz lo que quieras, dice San Agustín, es decir, piérdete, bórrate, desaparece...el amor te devolverá al centro de tu vida y de la vida.



## LA TIERRA PROMETIDA

El 13 de julio de 1984 cambió mi percepción sobre la muerte. Y no lo fue por una revelación sino por una reconciliación. (Que la muerte es la otra cara de la vida debería ser algo evidente para todos, pero no lo es para un hombre que está por cumplir 30 años. En la plenitud del cuerpo y con la supuestamente larga perspectiva de los años, uno se cree inmortal o, lo que es peor, actúa como si lo fuera).

Convivimos a diario con la muerte pero no con la nuestra sino con la del otro. La nuestra siempre está lejos, muy lejos y aún más allá (como en un tiempo difuso, inextinguible). Todo muere en nuestro derredor y sin embargo nos es profundamente ajeno morir. La paradoja de la muerte sólo se explica por la paradoja de la vida y ambas por el misterio que somos y que quisiéramos descifrar aún a riesgo de perderlo todo (lo que, de repente, significaría hallar la inmortalidad). Morir es partir (es irse y queda todo, como escribió Neruda). Pero también es llegar. Si la vida es el prado (o el yermo) que dejamos atrás, la muerte es nuestra tierra prometida. Suena patético pero es así. De todas las promesas con las que nos encontramos al nacer, ésta es la única que se cumplirá inexorablemente. No importa que no sepamos cuál fue la culpa original de nuestra especie. Sabemos el castigo. Una vigilia con año, día y hora. Una espera que acaso resulte interminable. Un valle de lágrimas y sueños (en el que, sin embargo, puede, a veces, llover leche y miel). Y una sola certeza: podemos librar (y ganar) todas las batallas pero ésta no (esa es la batalla de los dioses). Sea cuales fueren las armas de la guerra habremos de rendirlas algún día. Y morderemos el polvo (porque polvo somos) aunque en la dignidad de esa derrota puede estar la victoria final.

Reconciliarse es perdonarse. Todo le perdonamos a la muerte a cambio de que la vida nos permita amar. Amar —lo leí en una saga escocesa— significa decirle a alguien: tú no morirás. Y si tú no mueres, tampoco yo: nadie ni nada nos podrá separar; la reconciliación ha sido hecha.

El 13 de julio de 1984 me reconcilié con la muerte y divisé por primera vez esa tierra prometida. Vasto y desolado paraje podía, sin embargo, albergar un amor y eso era más que suficiente para que albergara también una promesa. Si él, Jorge Alania Devoto, estaba ya allí, esa tierra proscrita era ahora una prenda de paz y de ternura.



## LA VÍSPERA

Al borde del crepúsculo me he propuesto, en este día cualquiera, renovar las irrenunciables promesas del pasado. Quiero sentir que esta postrimería es una víspera. Se que lo que ayer no fue no fue, pero mañana podrá volver a ser desde el principio, desde el sueño inicial que rememora el sueño no olvidado de Aquel Tiempo. Son ahora inevitables el recuento y la nostalgia. Mirar hacia atrás más para sentir que para ver, para horadar la sombra en busca de la luz cuya intensidad extraño en la ardua brega. Tengo muchas culpas que confesar pero preferiré el silencio que redime. Abandonado entre los espejismos y las sombras, quiero, como quería Goethe en su hora señalada, luz, más luz para escandir el verso de la vida, el inefable verso, el verso solo. Conté las horas del dolor, registré todas y cada una de mis fugas, de mis inexplicablemente largos laberintos. En algún momento soñé y ascendí al evanescente espectro de los cielos, únicamente para comprobar que es mejor estar aquí con alguien que allá arriba triste y solitario. En otro momento sufrí y descendí a los infiernos en donde, al tercer día, seguía esperando la mano desasida, la mano invulnerable que no me tocó. Tuve la dicha del amor y la certeza de la fe; ambos por cuenta, no de mí, sino del atribulado dios de los caminos. Esperé en vano más de un vez, pero esa espera me enseñó que, como dijo el poeta de los dones, debo buscar por el agrado de buscar, no por el de encontrar, que la puerta es la que elige, no el hombre. La puerta que he llamado tantas veces. Fui feliz con poco, aun cuando no se a ciencia cierta qué significa ser feliz ni cuán poco es poco en el complejo algoritmo de la vida.

Al recordar el alba quiero en esta tarde cualquiera renovar las promesas del amanecer que he visto y he guardado En el día de las últimas horas, me he propuesto reivindicar también a las primeras. La víspera concluye y una euforia especial anuncia un fasto nuevo. Lo que no fue no fue y ya no me importa creer que hubiera sido. El tiempo no es ahora un largo río, sino una vasta y desconocida pradera en donde algo, sin duda, va a pasar. Miro hacia adelante para sentir, no para ver, que no hay nada sino anuncios, promesas, enumeraciones de cosas que no existen. Un sueño va a terminar y otro comienza. Nada quiero sino la percepción de esa vasta y desconocida pradera para encontrar el rastro de todo lo que es mío antes y ahora, ayer, mañana y siempre.



## PEDRO PÁRAMO

Soy un muerto y vengo de la vasta memoria del olvido. Busco a mi padre en este páramo de piedras y de polvo en el que ciertamente vivió pero en donde casi nadie lo recuerda. Yo tampoco lo recuerdo, mas eso no importa ahora. Mis ojos están secos; advirtiéndolo, mi madre me entregó los suyos para ver. Acabo de descender por el lento camino y sobre la loma que parece una vejiga de puerco se alza un pedregal y sobre él otro en donde se quemán todas las brasas de la tierra. Soy mexicano pero podría ser de cualquier lugar, de cualquier tiempo; de hecho todos los muertos tienen la misma patria. Hablo una lengua extraña y entrecortada que se parece al español, pero que arrastra el eco de algún dialecto primitivo de los hombres que habitaron estas tierras y las que están más allá, debajo del arco iris. Vivo, es un decir, en el mundo de las sombras aunque eso no es novedad aquí donde los niños juegan con los fantasmas de la noche. Pese a mi fragilidad ya nadie me puede amenazar con nada. Tenía un nombre pero lo olvidé en un sueño y todavía no lo puedo recuperar pese a que duermo despierto todos los días. En mi memoria hay miedo y rencor; no se de dónde vienen, aun cuando puedo intuir a dónde van. Antes de morir le prometí algo a alguien y eso es lo que me anima a seguir muriendo. La tarde es triste y tiene la innata palidez de los cadáveres. Escucho una lamentación, acaso un sollozo que se repite intermitentemente y que no me deja dormir; algunas noches el sollozo se ahoga y otras estalla en imprecaciones y maldiciones en aquel dialecto primitivo. En el horizonte no hay nada, salvo el inmenso pedregal del mundo. Y un cielo plumizo que está demasiado lejos de nosotros. Y un correcaminos que vuela como cayéndose, desterrado de las últimas estrellas del Paraíso. No se leer ni escribir pero he aprendido a contar historias como si todas me sucedieran a mí. Aún así, no estoy preparado para vivir en ese universo de realidades y de luces que dejé hace poco. Las mías son los sueños, los espectros y las tinieblas. He tratado de cultivar el silencio, tal vez porque con tantas voces que llegaban de tantos sitios, aprendí a concentrarme en mi propia voz interior que es, desde donde se la escuche, inconfundible. De todo lo que había en la vida lo único que extraño es el amor que se espaciaba a ratos, bajo el arduo crepúsculo y que me dio las sensaciones que aún perduran. Sólo por volver a sentir las una vez más, regresaría. Sólo por eso, créanme.



## GRACIAS POR EL FUEGO

Al salir del Paraíso lo perdimos todo, pero en especial la plenitud del día. En un estado extraño y doloroso (al que mucho más tarde se conocería como soledad) hicimos el hallazgo de la noche. Casi sin darnos cuenta la comenzamos a asociar con el sueño y con la muerte. Hubiéramos naufragado en ella, como en un mar violento e ignorado, si no fuera porque Alguien nos dio el fuego. Con él nos alumbramos desde entonces y en él reconocemos lo que perdimos alguna vez, lo que pudimos haber sido. Su brillo es una cifra (como lo es el nombre respecto de la realidad que alude pero que no puede siquiera reflejar) de aquella luz que tuvimos el privilegio de ver cayendo sobre el Éufrates. Su calor es un recuerdo del calor ancestral, pero aún así puede abrigar el alma y la memoria.

No hay hombre que no lo haya mirado sin un asombro antiguo, dice Borges. Prometeo lo robó del cielo y, desde entonces, cualquiera lo ha hecho suyo. Es, si acaso, la más flagrante de las realidades pero es también un símbolo. De qué o de quién, aun tratamos de saberlo. Como ha escrito Eudald Carbonell, nada tuvo un impacto tan brutal en la historia de las sociedades humanas: cambió la alimentación, el modo de protegerse del frío, la forma de comunicarse entre los miembros del grupo, la demografía...en fin, lo cambió todo. Un resplandor que reveló la vida y que miles de años después (sin dioses ni milagros) la sigue revelando como ante la primera yesca y el primer pedernal.

Fuego y ceniza son los contrarios (pero a la vez concurrentes) símbolos de nuestra vida. En su estado de plenitud y en su estado de opacidad. Haz y envés de una luz fugaz y mortecina. Cara y sello de una moneda corriente que circula de mano en mano hasta desaparecer sin dejar rastro. Hoguera y promontorio, sol y sombra, monumento y ruina. Vestigio inasible e inmemorial de los dos árboles del Edén: el árbol de la Vida y el árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. El Gran Arcano, el Sahaja Maithuna del Indostán, el Secreto Secretorum de los alquimistas, el árbol pelado de mi barrio, todos los árboles del mundo que pueden a un tiempo florecer y consumirse. Fuego de la noche convertido en escombros de los vastos y lentos amaneceres que están en mí, que están en todos. Rayo que devastó la copa del árbol de la felicidad y la convirtió en astillas. Tronco que quedó mutilado pero enhiesto. Señal de que algo hay en nuestro dolido corazón que arderá por siempre, ya que, dentro o fuera del Paraíso... "será ceniza pero tendrá sentido, polvo será mas polvo enamorado."



## EL BOTÍN EN EL ÁNGULO OSCURO

Miro, en una bella foto de Natalí Sejuro Aliaga, las imborrables huellas del camino. ¿Tras qué seres y qué cosas habrá ido quien calzó este botín? ¿Qué inalcanzables quimeras quiso alcanzar a sabiendas de que ellas jamás están en el curso del sendero sino más arriba, en donde corre el viento que todo se llevó, que todo se ha de llevar sin dejar rastro? ¿Qué rastro perseguirá- dócil y humilde- hasta el oscuro fin o hasta encontrar el otro, el mismo, en el eterno retorno que es la vida? ¿Qué hora sin tiempo habrá dado más de una vez con el ritmo inasible de su marcha? ¿Qué hondura inmemorial horadará por siempre su pisada?

Hay una sombra alada como fondo. Es el telón que cae sobre el mundo, sobre los abiertos párpados. Ha caminado tanto y sin embargo aun no cruzó el rubicón, todavía no ha descendido hasta el Mar Muerto. ¿Qué descomunal figura se podrá dibujar uniendo todos los pasos que este botín ha dado? ¿Cuál de sus rutas podrá reconstruirse y cuál no y cuáles serán las razones ocultas para ello? Si en la gráfica del tiempo la vertical son los días y la horizontal los pasos, ¿en qué punto la huella de este botín equidistará de la vida y de la muerte? ¿En cuál de nuestros laberintos cotidianos se perderá su trazo irreversible? ¿Cómo será la línea que dibujará sobre el fondo del mar que Moisés descubrió en los días del éxodo y del llanto?

Caminar es abrirse. Pero también ensimismarse. Peregrinar hasta la meca de los sueños o errar sin rumbo sólo para justificar el laberinto. Buscar sin querer y encontrar sin saber. Y revelar. Y esparcir las semillas y las miasmas. Si la vida es perspectiva, el camino es su esencia. Nadie puede decir que lo es pero sí que lo será cuando entre lo que tiene hoy y lo que tendrá mañana haya un sendero de abrojos y un patíbulo.

El botín que la artista retrató no tiene cara pero tiene historia. Contra la levedad del ser, la inapelable consistencia de las cosas. Contra la ubicuidad del amor las coordenadas exactas de la vida. Polvo que volverá a ser polvo sin la magia de Dios. Cenizas muertas que sólo el arte podrá hacer resurgir y que sólo el amor podrá conservar en la gran urna del tiempo. Como la rosa que Paracelso arrojó cerca de su atañor. Como los campos de Arlés de los que brotan espigas todo el año, toda la vida, todo el sueño. Como el botín que Natalí salvó del naufragio y del olvido.



CRA, CRA, CRA...

Porque había visto “a los más grandes espíritus de su generación hambrientos, histéricos, desnudos” aulló —Howl— como un lobo en las noches resplandecientes de Norteamérica. Porque, aun niño, dejó a su madre en un asilo para enfermos mentales de Lakewood, escribió — Dreams of Love— los más lúcidos y bellos himnos a la locura. Porque sabía que la muerte “es el remedio con el que sueñan todos los cantantes” le aconsejó a Carl Salomón que lo tomara de un solo trago como quien bebe, ávido, el agua del Paraíso. Porque nunca entendió los misteriosos designios de Yahvé sobre la oscura tierra, rezó a gritos el Kadish “en el soleado pavimento del Greenwich Village”. Porque estuvo toda su vida enamorado del rui señor de Keats, clamó a los cuervos —cra, cra, cra— para que cuidaran la tumba de Naomi en el cementerio de Long Island. Porque se atrevió a guardar el secreto del asesinato de su tía Eleanor, confesó, años después, que no hay crimen más grande que la vida ni suicidio más permanente que el amor. Porque se adentró en “la oscuridad sobrenatural de los apartamentos” pudo ver ese resplandor que la divinidad ha reservado para los santos, los locos y los poetas. Porque conocía los estragos de la soledad —The burden of solitude— solía hablar sin respiro durante 70 horas “del parque a la taberna, al asilo, al museo, al puente de Brooklyn”. Porque se embarcó sin temor para “el viaje sin fin de Battery a Bronx sagrado” no temió subirse al tren de la muerte en la estación equivocada. Porque era uno más en el “batallón perdido de maniáticos platónicos” aprendió a ser uno menos en la repartición del pan y de la dicha a la que tenía, sin embargo, derecho como cualquier hijo de Adonai. Porque sentía —The weight we carry— que el peso que llevamos es amor, jamás aligeró su carga ni se condolió de ella, pese a que cayó más de tres veces en el camino hacia su Gólgota particular levantado en el centro mismo de Manhattan. Porque llamó a su madre como yo llamo todos los días a la mía: “mi media vida bajo esa hierba”, quiero pedir por él hoy a Dios lo mismo que al guardián solitario de las lápidas: acéptalo Señor a tu lado porque, como Naomi, estuvo también “dado, enloquecido por las flores, no hecho para la Utopía, limosneado en la tierra” y porque ahora está por siempre y para siempre “encerrado bajo el pino, embalsamado en soledad”. Porque quiso ver tu Visión y nunca se la diste, Jehová, acéptalo.



## EL ROSTRO QUE AMO

Se de un rostro que no se desvanece. Cuando la luz lo baña, luce nítidamente sus rasgos pero esconde los inasibles pliegues. La mirada que es suya (y que atesora) da sentido y lugar al mundo que abre y cierra con sus párpados. Todo lo que está allí es porque él lo mira. No es una realidad sino algo más: una perspectiva que acaso puede ser infinita; que de hecho lo es porque esa mirada no se posa sino se extiende más allá de la noche y de los sueños de la noche. Apagada la luz, no hay nada sino un débil contorno y una sombra que se pierde en la sombra mayor que abarca todo. El mundo deja de ser y el rostro muere. Moriría por siempre si no fuera porque el amor trascenderá el contorno y poblará la sombra de algo que no se extinguirá jamás. Redivivo por la mirada el rostro cambia. La transfiguración se da y sus pliegues se abren. Primero a tientas y luego sin vacilación la mirada lo busca. Han pasado tantos años y se han contado tantas historias. Era solo una faz; ahora es el espejo del universo y lo que muestra no está en él pero también está en él, sino en los ojos amantes que lo miran. La mirada ya no se extiende sino se posa. El contorno desaparece y las líneas de esa cara (que ahora es inmemorial) se confunden con el tiempo y con el espacio. Esa cara es todas las caras y en esa comunión se puede vislumbrar el Paraíso que se perdió y que se recupera esta noche con el tacto. Los labios se abren y las sombras se cierran. Creer para ver. Sentir para tocar. La eternidad existe si ese rostro existe...

Vivir es buscar ese rostro, porque —sabiéndolo o no, queriéndolo o no— nuestro deseo más íntimo es inmortalizarnos en su espejo. Amenazados por el fantasma de la muerte; desorientados por el claroscuro permanente que es la vida, queremos trascender la sombra del tiempo y crear una luz. Amor más hondo que el dolor puede descubrir ese rostro y encenderlo. Aunque vengamos de la oscuridad; aunque seamos un pozo de silencios y tinieblas. Hágase la luz, ábrase el mar, bórrense las tres cruces del camino. Ese rostro (que es polvo) se transfigura y se renueva. No es lo que es sino lo que nuestra mirada crea. Por el amor podemos conocer el secreto fondo de las cosas. Por él y sólo por él remontamos el pozo y atravesamos el túnel. Todo lo que perdimos está otra vez aquí, todo lo que soñamos se ha encarnado. Miramos y nos miran. Amamos y nos aman. El rostro que no se desvanece es nuestro rostro.



## LA CAMPANA DE CRISTAL

Vivió en una campana de cristal que ella misma describió meticulosamente en un libro que firmó como Victoria Lewis y que al final convirtió (ya derrotada para siempre) en una letal cámara de gases. El horno encendido, la llave abierta, la cabeza que cruje: morir es un arte y yo lo hago excepcionalmente bien, había escrito en su último poemario. Y en su última nota poco antes de partir: debería haber un ritual para nacer dos veces. No nació dos veces, por cierto, pero sí murió muchas más. Primero con su padre a la edad de diez años y luego con sus poemas enigmáticos y lúgubres como un cementerio. Su locura latente, sin embargo, probaría que, de alguna manera, había muerto incluso ya antes ahogada en los pantanos de su sangre y de su heredad. Tenía sólo treinta años, una obra pródiga y dos pequeños hijos, pero aún así quería a toda costa ser “reparada, remendada y con el visto bueno previo volver a la carretera”. La carretera (de Boston o de Londres) sigue estando allí pero ella ya no. Agotada de esperar esa reparación eligió marcharse tal cual era, resignada a su suerte y a su soledad.

Amó a un hombre con una tenacidad inexhaustible, creyendo que en esa exageración estaría la cura de su insondable carencia. Pero no fue él quien la sedujo, sino la muerte que a través de él adquirió un falo y una cara. Perla de Massachussets reconocería después: debí haber amado al pájaro de trueno, no a ti. No lo amó y por ello terminó sus días volando a ras del suelo, lívida, enrarecida, sola.

La muchacha que quería ser Dios; así dijeron de ella sus críticos y sus estudiosos. Señor, perdónala, porque no era soberbia sino lucidez la que la impulsaba. Su insaciable afán de perfección constituyó la otra cara de su orfandad y de su miedo. La culpa era tan grande que más grande tenía que ser la reparación. Como Camus, se empeñó en una lucha desigual por dotar de sentido al mundo y a su mundo y evitar la tentación de la nada. Perdió, fracasó, pero tú, Señor, que sin duda inspiraste su Biblia de los Sueños y estabas al otro lado del mar para que Cruzando el Agua te encontrase, sabrás acoger en tu seno a una niña frágil y triste que sólo quería que la libraras de cocinar tres veces al día y que con encendida fe abjuró de su jaula y de todas las jaulas metiéndose en ellas cada vez más hasta que una mañana de febrero de 1963 ya no supo si entraba o salía y entonces prefirió descansar reclinando su cabeza en la invisible brasa del horno que su propio corazón había prendido junto a las escaleras de incendio de su casa.



## EL AGUA QUE NO SE AGOTA

No sólo los hombres sino también los dioses tienen necesidad de beber el agua de la vida. No nace de ninguna fuente ni desciende de ningún cielo pero a veces brota tan fresca que parece recién acabada de crear. Los labios de los felices que alguna vez la han probado no están húmedos ni tienen ninguna huella, pero sí esa sensación de levedad con la que nos despertamos después de un sueño. Fluye desde el amanecer perpetuo del Olimpo en donde atesora un nombre secreto: ambrosía, que en el griego de Zeus y de Hades quiere decir: no mortal. En la cueva sagrada del monte Wotan, los héroes la beben mezclada con la leche de la cabra que se alimenta de las hojas del fresno del mundo. Los dioses persas la conocen como haoma y la toman inmediatamente después de haberla hecho destilar del árbol Gaokerena, el árbol de la vida. El licor de Guibne que beben a largos sorbos las hadas inmortales del Erin es otra de sus formas. Se llama sake para los dioses del Japón y ave para los polinesios y sangre, roja sangre para los mayas y los aztecas. Los benditos por Yaveh la beben en alguno de los cuatros ríos dulces que atraviesan el Paraíso.

Al igual que todos yo también tengo sed. Y aunque, por lo general, alguien me alcanza una esponja empapada en vinagre, a veces el inocente amor me hace probar una gota del agua de la dicha. Como en el baile tribal dejo de ser, entonces, un cuerpo condenado al polvo y al olvido y danzo mirando al cielo porque he sido creado para el cielo. En ese instante (que dura un parpadeo) advierto que el cielo es el espejo que me devuelve un paisaje que conozco pero que me asusta porque se extiende dentro de mí hasta tocar los límites del mundo (que son mis propios límites). El agua que no se agota nace en el hontanar que soy y desciende por el insondable abismo del tiempo y de la historia. Los dioses la tiene al alcance de la mano pero yo la llevo dentro del pecho. El corazón se apaga pero la lumbre que lo enciende no se apagará jamás. Apenas se de esa fuente una cosa y lo se todo: sólo por el hechizo del amor puedo tocarla. Hechizo, es decir, ilusión, magia, tal vez irrealidad, pero qué importa si así llego a saber qué soy y qué me espera. Amor, yo no soy digno de que entres en mi vida pero una palabra tuya bastará para hacerme inmortal.



AY...

He cruzado la ciudad. He visto las claridades y las sombras de un día cualquiera. No hay nadie en mi auto y casi nadie en mi vida. No tengo prisa ni debería tenerla, ya que el lugar adonde voy está en cualquier parte y en él hay alguien que siempre me está esperando. Para que el viaje sea más lento (y acaso más largo) tarareo una bellísima canción de amor: Ay que la luna sangra un amor que espanta, Ay que no puedo verte sin padecerte...La sangrienta luna que está grabada en un epitafio. La luna del desierto que llevo dentro de mí y que sólo en ocasiones se refleja en el cielo. Se que se trata de un lamento pero, de alguna forma, es también un himno. El sentimiento que desgarrar al mismo tiempo descubre y entonces uno puede ver lo que nunca había visto. Se puede decir tantas cosas pero en verdad basta con una palabra. Una palabra que no se (y que esta canción revela y deja luego perdida entre la música para que alguien la encuentre). Alguien que cruza la ciudad y que sin saberlo recoge su rastro. Todas las noches corro tras tus pisadas para tenerte. Flor de la pena, rosa de arena...En el atardecer he alcanzado a ver una rosa que es única y más allá, en la sombra contigua, una huella que no está hecha con una planta sino con un sueño. El amor nos coloca en el centro del universo pero también nos arroja, náufragos sobre la playa. Tabla de salvación que se hunde a veces con nosotros y por nosotros, pero tabla al fin, boya que queda flotando en el océano para que alguien la encuentre. El amor nos libera de la verdad y nos rescata del proceloso río: mis pocas certezas han naufragado en tu corriente...Y aunque el río de mi ciudad esté seco porque casi no llueve aquí (y quién sabe si su caudal se incrementará en verano), hay uno cuyas aguas son inagotables y no van a dar a la mar (que es el morir) sino a la fuente en donde nacen los sueños y las viglias. Agüita clara que tiembla de frío al caer, luz que se astilla en las manos me das a beber...Allí donde fluye la vida fluye el amor y si no esas aguas se estancan para siempre. Estamos vivos hasta que la cuenca de la mano amada se cierra de par en par y ya no hay agua ni fragancia ni pozo. Lo que sigue es la crónica de los días sin sol y las noches sin luna que ninguna bitácora registra pero la poesía sí: hilo de seda con que me enredas, señas cruzadas, cartas marcadas... Sólo por el amor podemos ver la luz al final del túnel y salir, por momentos, fuera del laberinto. Sólo por él. Dulce guarida, estrella dormida de mi amanecer...



## CANCIÓN DE CUNA

Cada vez que la escucho te evoco, niña mía, *An die Freude*, con tu pequeño violín, tratando de revelarme la innata alegría de la vida. Es una oda pero, sin duda, ha perdurado porque es un canto de amor. La escribió un hombre que desertó del ejército y la musicalizó otro, completamente sordo y casi doblegado por la adversidad. Uno, el poeta, había sentido desde niño la nostalgia de Grecia (no la de los monumentos y las batallas sino la de la armonía entre los hombres, los dioses y la naturaleza) y quería gritar a los cuatro vientos que ésa era una nostalgia de amor. El otro, el músico, había estado más de diez años en silencio absoluto hasta que encontró en aquellos versos felices la clave que necesitaba para componer esa Sinfonía en re menor con coro final que asombraría al mundo. La historia, para el poeta de Württemberg, no era nada más que el lento y tenaz abandono de la edad dorada de la infancia que la cultura helénica significó en la odisea de la humanidad. Todo arte —escribió en el umbral del siglo XIX— está dedicado al gozo. Ese mismo gozo que impidió que el otro, el músico, el descubridor del Claro de Luna (no el que aparece en el cielo sino el que sale en ciertas noches privilegiadas del alma y que él atesoró en una sonata) se quitara la vida hacia mediados de 1824.

La alegría es, pues, plenitud del alma. No me refiero al júbilo que siempre es estruendoso (y por lo tanto fatuo) sino a esa serena y breve sensación que nos colma descubriéndonos esas zonas de luz sin las que este peregrinaje sería insoportable. Si el júbilo es repentino, la alegría no. Ella viene de lejos y aunque no lo notemos, siempre se sabe anunciar con algún gesto, con alguna palabra. Plenitud que es fugaz y por lo mismo auténtica: lo suficientemente intensa como para encender un sueño; lo suficientemente lenta como para mantenerlo vivo en medio de las sombras. Plenitud imposible de describir pero sencilla de vivir. Y de la que nada realmente se sabe, pero la que todo nos comunica desde nuestro profundo interior. Hermoso destello de los dioses, como canta la Oda, para decir (o sugerir) que hay en ella algo de divino.

La felicidad tiene tus ojos, niña mía. Por ellos miro yo (desde hace diecinueve años con sus días) y lo que veo (y veré) es el resplandor, *An die Freude*, que deslumbró a Schiller y que le hizo escribir una canción de amor y de alegría.



EDGARD GUILLÉN

El escenario de la representación es su soledad y él ha hecho de su propia vida la obra. Levantado el telón y encendidas las luces, no es ya más el forastero sino el residente con una tierra y una patria. Y esta noche, como tantas, jugará a ser otro ante un conjunto de personas que- tal cual dice Borges- jugarán a tomarlo por aquel otro. Bello y mágico juego el suyo que nos revela que toda existencia es, de alguna manera, una representación y todo texto la verbalización de un destino.

Mucho más que un transeúnte que es, en ocasiones, un actor, él es un actor que es, en ocasiones, un transeúnte. Porque ha descubierto la magia del teatro, ha podido descubrir también la maravillosa leyenda de la vida y comprender, si acaso, que magia y leyenda son sólo un reflejo de algo (o alguien) que está más allá y que diariamente nos llama. Porque ha logrado entender el lenguaje de los símbolos, puede arriesgarse a entender el misterioso lenguaje de las palabras. Recluido en su mundo pero liberado en sus representaciones, ha logrado entretener, como la mayoría de sus personajes, una visión épica del deber, una concepción lírica del dolor, una interpretación dramática de la ética. Eso es lo que le ha dado finalmente el teatro. Eso y una vaga pero enaltecida esperanza.

Vive y actúa sólo. En su casa (que también es su teatro) están el escenario y el mundo: el santo de Württemberg que vendió su alma al diablo y el hombre que en su hora final pide luz, más luz; el jardín que es de los cerezos pero puede ser de los olivos dependiendo de que su jardinero se hastíe o se abandone. Urbano marginal, está exiliado de todo menos de sí mismo y en ese carácter interpreta su mejor papel: el del náufrago que encuentra en su deshabitado espacio interior, la tierra prometida. Se ha especializado en monólogos, largos monólogos en los que abundan las preguntas y faltan las respuestas. El hombre frente a Dios; la encrucijada del bien y del mal; las perplejidades del azar y la siempre misteriosa condición humana, son algunos de sus temas; los otros son sólo de él y no suelen invadir la plasticidad y hondura de sus personajes. En una ciudad llena de oropelos y de miserias, sólo marginales como él dan testimonio vivo del Paraíso y únicamente historias como la suya ayudan a construir el mito de la felicidad y tolerar las arbitrariedades del destino.



## EL PARAÍSO EN LA OTRA ESQUINA

Le preguntaron cuánto de inspiración había en sus novelas y el respondió: diez por ciento; el noventa por ciento restante es transpiración. Es, sin duda, una figura controversial pero no por la calidad o argumentación de sus obras sino por sus convicciones políticas, expresadas a veces con acritud, y por sus opiniones personales sobre la realidad que tan admirablemente retrata.

Un importante sector de la población peruana lo mira con recelo y hasta lo rechaza y en los últimos 25 años se ha ganado fama local y mundial de derechista, conservador y liberal a ultranza. Todos saben quién es pero muy pocos conocen, en verdad, la profundidad y vastedad de su obra, la disciplina de hierro con la que ha sido construida y la honestidad profesional y personal que la sostiene.

Prolijo investigador y corrector infatigable, arma, primero, lo que él llama un magma, documento varias veces superior en volumen al que finalmente verá la luz. Visitas a los escenarios de sus historias, conversaciones interminables con los testigos de los hechos que va a narrar, análisis crítico y pormenorizado de una multitud de documentos alusivos y un trabajo personal de hormiga realizado con la puntualidad y la angustia de un asalariado, perfilan el gran borrador de cada una de sus novelas. Todo ello, sin descuidar, por cierto, las crónicas periodísticas, los ensayos literarios y sociológicos, las conferencias y discursos que tiene que pronunciar por doquier y hasta sus propias memorias que se van acumulando en libros que sus admiradores y detractores leen con inusitado interés.

Marcado por el autoritarismo de su padre a quien llamó: ése señor, en *El Pez en el Agua*, ha exorcizado en sus novelas los demonios de toda su vida y lo ha hecho con integridad ejemplar, interpretando, como muy pocos en el Perú y en Latinoamérica, el drama y la frustración de un ser individual y colectivo que se mueve entre el amor y el odio, entre la perplejidad y el arrojo, entre la utopía y la desesperación.

Ha escrito novelas memorables y ha dado vida a personajes que ya están en el alma y en la imaginería popular. No ha ganado el Nóbel este año y es probable que no lo gane nunca, a juzgar por el tinte político que este premio, en el área literaria, lamentablemente tiene. Sin embargo no hay escritor de habla hispana que lo merezca más que él. Desde sus primeros libros de cuentos hasta sus últimas novelas no ha hecho sino buscar con una tenacidad inquebrantable el paraíso en la otra esquina, seguro de que éste paraíso (al igual que todos) no está allá ni más allá ni en ninguna otra parte y con la firme convicción de que puede construirlo (pero no derribarlo), al menos una vez, con las milagrosas palabras.



## IMAGINE

Sabía en su sangre, como Nietzsche en su mente, que sin la música la vida es un error. La prematura ausencia de sus padres le ocasionó un vacío que hizo más evidente (y más temprana) esa certeza. Su gesta (que aún es parte viva de la trama y de la música de un siglo alucinante) comenzó, en rigor, en 1960 en el distrito rojo de Hamburgo, en Alemania, y concluyó el 8 de diciembre de 1980 en la esquina de la calle 72 en Nueva York, en las puertas del edificio Dakota, abatido por cuatro pistolazos. En el lado oeste del Central Park (por donde se puso el sol) no volvió a ver más (como en la vieja caverna de Liverpool) la luz al final del túnel. Veinticinco años que han pasado raudos como una gira por los escenarios de la muerte.

Desde que, cuando niño, su tía Mimi le compró una guitarra, se dio - Imagine- en imaginar tantas cosas y las fue cumpliendo una a una seguro de que, como también un chico como él lo imaginó en un graffiti, para ser realista hay que pedir lo imposible. La palabra guitarra proviene de la palabra árabe khítara y ésta de la griega cítara y ambas del nombre con el que alguien identificó por primera vez hace miles de años un sonido que no existía de por sí sino que fue creado por el ansia de perpetuar un rumor interior que se parecía más que nada a la dicha y que ese alguien escuchaba en la plenitud de sus sueños y de sus plegarias. El - John Winston Lennon- lo oyó y sintió en la vorágine y la lucidez de los años sesenta, en los ensayos y en los conciertos, muy lejos de los bombardeos y de las campanadas, habituado ya a hacer el amor, no la guerra, rebelde, ilusionado, eufórico y mientras los espíritus más grandes de su generación caminaban de madrugada por las calles secretas y prohibidas entonando los salmos más bellos y tiernos que la imaginación haya producido.

Como un caballo que se desboca en la noche de Occidente, tuvo una extraña fascinación por las culturas del otro lado del mundo. No quiso saberlas sino tocarlas y entonces se enamoró de una muchacha que, a su manera, provenía de la ciudad de Sien en donde miles de soldados de arcilla guardan hasta hoy la tumba del emperador Shi Huangdi. Maravillado por la visión que le regalaba el Paraíso, imaginó que un soldado de esta época no podía blandir una lanza ceremonial sino una vieja guitarra escocesa, y que la épica canción de los albores y las conquistas podía convertirse por la magia de los años y de las distancias en una solitaria canción de amor. Es el reino de la verdad que se anuncia en un verso- Love me do- y se interpreta en un ritmo que todos pueden escuchar pero que sólo entienden aquellos que hasta hoy y como siempre han perdido todos los sentidos para conservar el único y ubicuo sentido de la vida.



## EL LLAMADO DE LA PUERTA

El amor es la compensación de la muerte, su correlativo esencial, escribió el pesimista radical Arthur Schopenhauer, el mismo que, según Nietzsche, subió hasta donde la esencia misma de las cosas se expresa con una precisión indefinible.

Desde la perspectiva de la vida el hombre es, sin duda, un “ser hacia la muerte”, “una pasión inútil” pero no desde la perspectiva del amor. Aun cuando nuestra caducidad sea evidente y nuestro tiempo efímero y ajeno, el amor puede hacer de nosotros seres hacia la vida y darle un sentido final a la pasión que somos y padecemos. Amar es, en consecuencia, resistirse a morir a sabiendas de que morir es parte indelible de la existencia. El que vive va en una dirección y esa sólo puede ser la de la muerte. Va hacia la muerte porque su destino es la muerte y no hay más. El que ama no va en ninguna dirección sino que se prostra ante lo amado, aceptando que ya llegó a donde tenía que llegar, anclando su ser y su alma no en el mar de la vida sino en la naciente de ese mar que está más allá, cerca de la Divinidad o del infinito. La vida no es tanto el conjunto de funciones que resisten a la muerte, sino el espacio estrecho pero crucial en el que el amor se da precisamente para que esas funciones tengan un norte y adquieran un sentido. El amor es una plenitud y, por lo tanto, una aparición, una revelación que desentraña el secreto. Podemos morir, es decir desaparecer, pero si hemos amado hemos también aparecido todo lo que es posible aparecer entre las impenetrables brumas de la vida; nos hemos revelado y nos han revelado. Nada más se puede pedir y esperar de la condición humana.

Para expresar la magia de su filosofía, Schopenhauer contaba que cuando era joven y escuchaba el llamado de la puerta se preguntaba entusiasmado y optimista: ¡¿Quién será?! Años después, ya viejo y escuchando ese mismo llamado (que podría ser ahora el timbre del teléfono o el aviso de una cuenta de correo en el computador) lleno de dudas y de miedo se decía: ¡¿Quién será?!

El amor es la única certeza porque es la única elección. Nada podemos realmente elegir, salvo atender el llamado de esa puerta. Así como no resistimos a la muerte porque vivimos sino porque amamos; así, no hay más verdad que la verdad del amor libremente aceptado y encarnado. De éste y del otro lado de la puerta.



## MARÍA SÓCRATES

Mientras en los bajos de la gran casona provinciana, los carpinteros daban los últimos retoques a su ataúd, ella seguía haciendo sus cosas como si nada pasara o presagiara. Nadie, salvo su nieta, era capaz de doblegar esa voluntad de hierro que la situaba lo mismo en la vida que en la muerte, urgida todos los días por algo que estaba más allá del deber y de la esperanza. Debilitada ya por la enfermedad, se daba, sin embargo, tiempo para acompañar a los criados a escarminar la lana que se colocaría en su propio féretro y supervisar que la tela rosada que escogió como forro, quedara tal cual ella lo había imaginado en sus noches de insomnio. En el cementerio de Panteonpata reservó un lugar y hasta ahora está allí, casi a flor de tierra como para que le alcancen la lluvia y el rocío.

Tengo para mí que la muerte es más natural en medio de las inclemencias de la altiplanicie andina. A pesar de que todo allí es vida, salvaje y pedestre vida, hombres y mujeres aprenden desde la más tierna edad a respetar los límites del día. Por lo demás, una visión trascendente del mundo los hace peregrinos del más allá, forasteros, exiliados de la tierra a la que hay que volver para ser completos y felices. Precariedades comunes a todos, insalvables distancias, geografía árida, son elementos con los que hay que lidiar para componer un sueño. Morir es apenas pasar de una quebrada a otra, cruzar a caballo un río, subir en una acémila hasta la fuente misma de la lluvia y de las estrellas.

María Sócrates era de ese mundo. Conocía el ritual y lo cumplió religiosamente hasta el último día. Pocos la acompañaron en el oficio final que se cantó entre exultaciones y silencios como todo en la Sierra. Estoica, resignada, terminó su ataúd y ordenó que lo subieran al segundo piso. La nieta no le hizo preguntas o, en todo caso, no las recuerda porque el misterio de esa espera la anonadó. La ternura se le iba apagando doblegada por el rictus de la enfermedad, apurada por la incertidumbre de todo lo que se le iba a quedar hasta nunca durmiendo en la chacra. Pero la nieta era algo especial y para ella tuvo, seguramente, sus últimas sonrisas. Apretada contra su pecho, tendida junto a su cama, descubrió el abrigo y el amor y la increíble caducidad de las cosas. En el cementerio de Panteonpata, bajo la hierba, sabe la nieta que se quedó una parte de su vida. La otra (que es la misma) sigue brotando como los manantiales del camino.



## EL TERRITORIO DEL ANIMAL DESPOSEÍDO

Si sólo se que nada se, nunca podré saber lo que deseo (y si esto es así, qué sentido tiene estar en este mundo).

No me descorazona, en el fondo, lo que no se, sino lo que no entiendo. No me importa vislumbrar sólo uno o dos horizontes de mi peripecia humana, sino saber que ni en ellos está toda la luz ni toda la sombra que a veces me deslumbra o anonada. No me desalienta desconocer las precisas dimensiones de la realidad, sino no poder tomar un atajo por mínimo que sea, hacia la región que de cuando en cuando sospecho y entreveo. No me afecta ignorar tantos nombres y tantas cosas, sino no lograr descifrar la clave secreta de uno o dos de ellos que me acompañan en la vida. No me aturde el ruido devastador de la ciudad y sus probables causas que acaso siempre ignoraré, sino el lento rumor del silencio cuyo origen conozco bien, como la palma de mi mano. No me desilusiona desconocer los detalles de la trama, ni los recovecos del laberinto, ni los intersticios del túnel. Me sobrecoge no saber distinguirlos ni ubicarlos y, en determinadas ocasiones, seguir de largo como si no existieran hacia sabe Dios qué rumbos y caminos.

Como Pablo de Tarso sólo se que me incumbe el amor: el territorio del animal desposeído. No limita con ningún paraíso ni en su paraje cae la miel. No tiene fuegos resplandecientes ni soles inextinguibles; sólo una lumbre opaca pero que alcanza para ver lo que se necesita ver y para sentirse abrigado; sólo un sol que por un azar se apaga y por otro azar se prende e ilumina el sendero. El territorio en donde cada día hay un ocaso pero también un amanecer (que dura más y es más vasto y más profundo). Yo no sabía de él hasta que un día fui derribado del caballo. Era de tarde y galopaba y entonces una voz que es la única que ahora puedo distinguir en el inimaginable vocerío, me llamó por mi nombre. Sin caballo y sin rumbo supe, de golpe, que no tenía que viajar para encontrar el paraíso. Estaba allí al lado de una charca, en el comienzo del río, en el árbol más próximo. Quién vive, grité, desde mi corazón y mis entrañas. Nadie me respondió pero yo supe (o quise saber, creo que es lo mismo) que en el territorio del animal desposeído sólo vive el amor y todo vive.

Se que nada se pero desde aquella tarde no me importa.



## LOS REINOS DEL HOMBRE

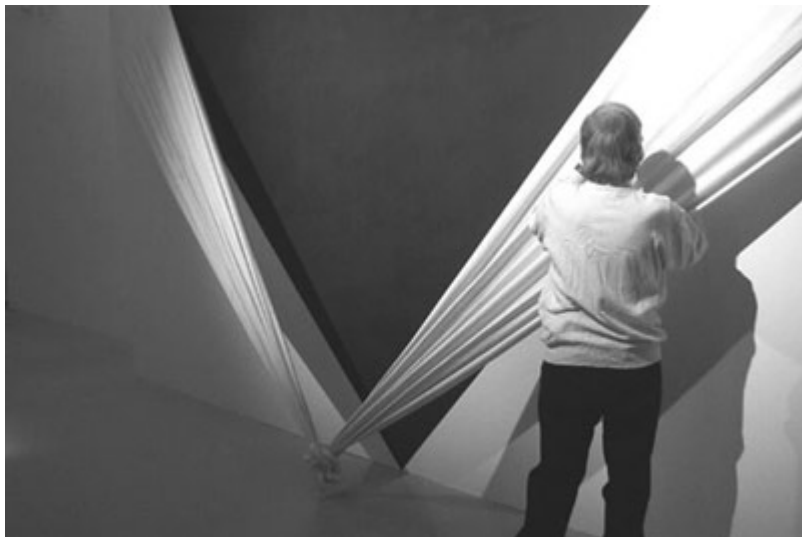
Creó con las palabras un reino y puso en él a un hombre para que lo habitara en el silencio. Era un poeta, es decir, un desterrado de los dioses, un refugiado del reino que no tendrá fin pero que muere en las inmediaciones del crepúsculo. Su residencia estaba en todas partes menos en el Perú, su patria de tinieblas a la que sin embargo volvía para nacer de nuevo cada noche durante más de cincuenta años, lejos de su fulgor y de su sombra, de su abrigo; lejos de su carroña, puro, libre, reconciliado con los hados efímeros que pululan como cualquier mortal en la ciudad eterna.

Porque no usaba corbata ni sombrero o porque se enamoraba siempre en la llovizna, la gente decía que era loco: “La gente se ríe de mi corazón cuando estornudo, cuando lloro o cuando respiro, pero la verdad es que detesta mi cara de payaso asustado y sobre todo mi bolsillo siempre vacío y la oscuridad en que me muevo de destello.”

Como Hesse era un solitario y se murió de viejo como él acompañado de sus fantasmas y sus sueños. Como Rimbaud y Rilke amó la belleza de los símbolos y las cosas desvaídas que se insinúan pero que nunca son. Era también pintor y en ese trance ha dejado rostros del tiempo, memorables, lúcidos, intactos. Cantor de la desesperanza y del vacío supo a toda costa esperar. ¿Qué esperaría la mañana del 9 de abril, vencido por los años, tan cerca de la nada, tan lejos de la vida y en la Roma de siempre y de nunca que se llevó consigo?

Hizo poesía visible e invisible pero poesía al fin, reino del hombre sólo y exiliado. Su muerte, como La Primera Muerte de María, es apenas un trazo, una atroz pincelada sobre la vasta tela que se pasó cortando en esta vida; cortando y repujando tejedor de ilusiones, alfarero, labrador de palabras, espantapájaros clavado en la descomunal pradera, acariciado por el rojo sol, mojado por la lluvia, cagado por las aves del invierno, creador, dios del reino del hombre y su extravío.

Solía mirar su cuerpo con ternura pero no se veía él, sino al otro: “el mismo mono milenario /que se refleja en el remanso y ríe”. Amaba el espejo en el que veía su espesa barba y su tristeza, sus pantalones grises y la lluvia: “mi puro glande, mis testículos repletos de amargura”. Y entonces en la noche del reino del infinito ocaso se decía: “Yo no soy el que sufre sino el otro/ el mismo mono milenario que se refleja en el remanso y llora”.



## A LA MEMORIA Y AL OLVIDO DE JOYCE VINCENT

Joyce Vincent sí existió y como tantas muchachas quiso ser feliz. Vivió en las mismas calles en las que Swedenborg conversó con los ángeles y en donde la neblina, a veces, impide ver el gran río. A sus treinta y tantos años sin duda era una desdichada, pero las razones ya no se podrán conocer. Había llegado al barrio de Hornsey, luego de que una asociación a la que acudió buscando refugio como víctima de violencia doméstica le procuró un pequeño departamento de protección oficial, dentro de un gran bloque de viviendas regentado por una cooperativa, la Metropolitan Housing Trust. Ni unos ni otros se interesaron por saber quién era, cómo era y de qué forma se había acomodado a su nueva situación. No será ya necesario. No lo fue durante los dos años que yació muerta en su departamento sin que nadie lo notara. El cadáver sólo fue descubierto cuando el propietario del piso forzó la cerradura en vista de los retrasos en el pago del alquiler. En el interior yacía Joyce, tendida en el suelo y junto a la bolsa de un supermercado que, como ella, ya no existe, pero en la que aún perduran algunos regalos navideños. La televisión estaba encendida, los platos sin lavar y una pila de cartas que databan de noviembre del 2003 se amontonaban junto a la puerta. En la vista forense, la policía señaló que el cadáver estaba en un avanzado estado de descomposición y que la identificación se había efectuado comparando sus dientes con un odontograma y con una fotografía familiar. El patólogo no pudo determinar las causas de la muerte debido a que los restos encontrados eran prácticamente un esqueleto pero la policía descartó circunstancias sospechosas en el fallecimiento. Murió de muerte natural y como en tantos casos, solitaria. Un guardián explicó después que había llamado a la puerta en varias ocasiones sin obtener respuesta y que no le extrañó el mal olor ni el ruido permanente de la televisión porque, según dijo, el inmueble no brilla por su limpieza ni por su silencio. Como la ignoraron en vida los vecinos, las hermanas, la familia, los ángeles que conversaban con Swedenborg en las calles de Londres, también la ignoraron en muerte. Nadie la extrañó, nadie la recordó, nadie la quiso. Desapareció sin dejar rastro ni polvo porque, seguramente, merecía el polvo y la nada. Como cualquiera de nosotros si alguien no nos hiciera resurgir por el amor.



## LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ

El texto no dice sino calla. No nombra sino revela. El texto es como el viento blanco que parte de las zonas heladas del alma y del planeta, allá donde el sol se posa como un pájaro y la luna no existe. Es la nieve que vuela, dicen los alpinistas (y que sube y se esconde para ocultar su tesoro inadvertido). Es el silencio que cruje como las tablas rotas del naufragio. Es el naufragio de cara al infinito. Alabada sea aquí la lumbre del hogar y la lámpara votiva que se ve desde lejos. Alabados los sueños y las noches. Alabadas las palabras que los hace a imagen y semejanza de lo que deberían ser, de lo que son en verdad, de lo que ocultan.

Cualquier viento, cualquier palabra, es como el tiempo que pasa y que no vuelve. Río del cielo y del alma que desemboca en un horizonte ubicuo y traspasado pero que guarda el límite del hombre. Todo viento, toda palabra es como la historia que no cesa. Como la esquiva dicha que está allí, paradójicamente próxima y lejana. Como el dolor que llega lentamente. Como el amor que fuga y se disuelve no sin antes dejar todo ineluctablemente establecido. Cualquier viento, cualquier palabra es decurso, es peregrinación, es romería al Edén, al moridero que está más allá de sus murallas. Si esparce la semilla, en buena hora. Si sólo levanta el polvo, a dónde vamos. Trae y lleva las voces y las caras que dicen esas voces. Panteón de las quimeras repetidas de boca en boca, transmitidas con el aliento y con la sangre.

No se puede sobrevivir al viento blanco. Tampoco a la palabra que se dice. Salvaje como su geografía alucinada arrasa con la vida sin tocarla. Pura como la esencia de la nada, nada dice y por lo tanto lo revela todo. El viento de las palabras esparcidas. El viento de las palabras confinadas. Viajan hasta quedarse solas, como en el principio del principio. Sobre al mar que está quieto, sobre el oleaje tibio y balbuciente. Es el rumor que tiene tantos años y sin embargo es nuevo. Viento del pedregal que añora ser pradera. Viento de la pradera a punto de incendiarse. Palabras que se lleva el amor y que alguien por amor recoge y reconstruye en su propio espacio interior. Vientos de fronda, inamovibles brisas del otoño.

El texto nada dice. El viento nada lleva. Pero sin ambos es imposible reconstruir la historia y el paisaje.



## CLARO DE LUNA

Ya no suena el sofar ni se oye la lenta voz del muecín en las puertas del templo. El cuerno del carnero que el Señor restauró está mudo y Adonai (que no lo oye) no se puede levantar del asiento del juicio para ocupar el asiento de la misericordia. En vano espero que el eco de la sagrada voz se repita desde lo alto cinco veces al día en este espacio cargado de historias y de culpas. El tamborilero recoge sus manos y el arpista sus cuerdas. Ya no suena la trompeta del arcángel y no hay coros ni luces que acompañen el rezo. Ya no suena y no importa. Llanto de los oboes, clave de los recuerdos. "Flor de la pena, rosa de arena". El violín está solo y el timbal está quieto. Un viejo saxofón en un viejo garaje solitario y vacío. Se ha callado el cantor, se ha callado la vida. Claro de luna que se oscurece hasta desaparecer, Ave María de nadie. Cuarto creciente, cuarto menguante, cuarto solo. Flauta de pan sin pan, sinfonía que quedará inconclusa como tantas mañanas. El pianista se oculta bajo el ruido del bosque y los pájaros huyen. Miserere del tiempo, De Profundis del hombre. No tengo nada más que escuchar en este silencioso ocaso.

Es la noche del alma, la deshabitada noche de los cuervos y los torpes caballos, del farol apagado, de la sombra infinita. ¿Qué música de fondo habré de presentir para seguir peregrino por esta inmensa zona? ¿Qué letra viva develará mis ojos el día de la gracia? Líneas de fuga que van al encuentro por el amor. Líneas de muerte que las queridas voces borran en la calle. Downtown, Lima, Buenos Aires, en el centro del mundo y del olvido. Todo converge aquí. Azogue que el azar derramó para marcar el itinerario de la vida. Hocus pocus, que en el lenguaje de los ángeles quiere decir: éste es mi cuerpo que el amor rescató de las cenizas. Marca de agua que llevaré en la memoria hasta la muerte.

Laberinto de luces y de sombras que esta noche se pierde y se revela. Nudos que el amor desató, señales que sólo ven los benditos y los náufragos. Libro albedrío para escoger la página que vive "más allá de la mano que la escribe". ¿Durar o arder? Arder en la inextinguible hoguera de los sueños.

Hay un claro de luna en las vastas tinieblas. El sofar suena largo. El muecín llama fuerte. No tengo nada más que extrañar en este misterioso ocaso.

